

La narración siguiente tiene una historia curiosa. En el programa radiofónico español *La Ventana*, que se emite por la Cadena SER, el escritor Juan José Millás dirige un espacio en el que anima a los oyentes a enviar cuentos, cada semana sobre un tema. Estas colaboraciones se comentan, se leen las más logradas, y la mejor, a juicio de quienes realizan el espacio, procura a su autor un lote de libros y un jamón de Teruel.

A comienzos del pasado marzo se produjo una sorprendente singularidad: en 18 de los 35 relatos presentados aparecían referencias a un medicamento desconocido, llamado Surbitón Complex. Millás, entre perplejo y divertido, leyó varios de ellos, sin poder explicarse lo que había sucedido ni contener la risa cada vez que llegaba al nombre del fármaco. El jamón se lo llevó uno de los cuentos *surbitonianos*, «Era amor», de Isabel Cañelles.

Poco a poco, ha ido desvelándose el misterio: se trataba de un golpe de mano perpetrado por integrantes de la lista de correo Escritura creativa, moderada por la propia Cañelles, que se habían confabulado para «tomar» el espacio del escritor utilizando todos la misma palabra-contraseña. Pero, ¡ay!, sólo lo consiguieron aquella vez, y ayudados por la sorpresa. Por más que intentaron repetir la *performance*, Millás ya los había calado, y no hubo forma. Reproducimos uno de estos relatos, relacionado con el ámbito hospitalario, de la escritora y traductora madrileña Berna Wang, que fue, además, quien ideó el nombre Surbitón Complex.

### **Como un globo azul** **Berna Wang**

Cuando se despertó, una enfermera le estaba pinchando una vena en el dorso de la mano para conectarla a un gotero. «¿Qué me están haciendo?», preguntó con un hilo de voz. «Has tenido suerte, guapa: si en vez de noventa kilos llegas a pesar cincuenta, no estarías aquí. Ya te hemos vaciado el estómago y ahora te estamos poniendo Surbitón Complex y suero salino.» «Pero no me han sacado la tristeza», alcanzó a pensar antes de dormirse de nuevo.

Estuvo tres días semiinconsciente, unida a la vida sólo por el delgado tubo de goma que salía de aquel aparato y que iba introduciendo gota a gota el Surbitón en su cuerpo. Tan débil que ni siquiera intentó arrancarse el tubo. Por fin, al cuarto día apagaron el gotero y quitaron el tubo de goma de la aguja que tenía en el dorso de la mano. Pero, «por si acaso hace falta, te dejamos la vía abierta», y le dejaron puesta la aguja con el tubito de plástico rígido y un tapón rojo, como los de los flotadores.

Nadie pensó que volviera a intentarlo tan pronto. En realidad, nadie pensó que tratara de suicidarse en una sala de cuidados intensivos, sometida a vigilancia casi permanente. Pero esa noche, en un momento en que la enfermera no estaba a la vista, se quitó el tapón. Y se deshinchó como un globo, de golpe, rebotando furiosamente en las paredes de la habitación hasta quedarse debajo de la mesilla. Como un globo azul, pequeño, arrugado, vacío.